



Que a veces nos pasa
y por algo tan insignificante como
aquella vez que dijo que nació en
1958, en la madrugada del



domingo 14 de diciembre.

Que no es que fuese propiamente lo que me molestó puesto que yo misma me había quitado tres años cuando nos conocimos; aunque el dato pudiera resultar, y resultó, bastante irrelevante porque él jamás se fijó mucho; no llevó la cuenta ni reparó en una minucia que figuraría en mi DNI, sí, y en el padrón, y en cualquier otro papelecito absurdo de esos que se miran a veces, pero muy por encima y sin ponerse, así, bien repanchingado uno en el sillón de orejas, y con las gafas muy bien puestas de modo que "oh, vaya, cómo lamento interrumpir -- ¿qué libro estás leyendo?".

«Conoce alguien a alguien que haya contestado "el de familia; pero no te preocupes, me vendrá bien un pequeño descanso"?

Aí que la bronca no fue por eso.

Lo que me irritó fue el aplomo con que refirió cómo me madre recordaba que la tarde anterior -- es decir: la del martes 13 de diciembre de 1955, aunque él no lo sabía -- había estado con mi padre en el cine Capitol viendo *Fallo Culpable*.

-- Y desde entonces -- decía mi madre; y él lo repetía tal cual por dar más fuerza a semejante afirmación -- no he vuelto a pisar una sala de cine.

-- Eso, mira -- le dije -- es cierto. Pero la película, si no te importa, era *Sospecha*; y, el cine...

-- ¿Y cuánto puede importar eso si, en ambos casos...

-- No sé ni cuánto puede importar ni si en ambos casos, pero... Además: no la vio con mi padre sino con su amiga Mercedes.

-- La duda que tengo -- se puso a hacer memoria --, sin embargo...

Su amiga Mercedes

“Doña Mercedes” para todas las demás niñas y para todas las demás madres.

Para Ernestina no porque hasta donde le alcanzaba la memoria Mercedes había sido como

de la familia... o más aun; más aun porque las tías, las hermanas de *papá* y de *mamá*, como auténtica familia que eran tenían entre sí sus diferencias, sus desacuerdos, sus pequeñas rencillas y envidiejas

arrastradas desde la infancia por cuestiones tan tontas como que el abuelo este o aquella abuela ya paterno o materna o viceversa había querido más, mimado más o elogiado más los encantos, las habilidades, **las gracias** de Remedios o de Bárbara que la seriedad, el aplomo o la sensatez de Loreto o el sentido de la puntualidad de Florita...

Y eso nada más en cuanto a hermanas, las unas con las otras, que en cuanto a cuñadas las cosa se complicaba más si cabe porque Aniceto, el tío Aniceto, había que estar de acuerdo y se estaba, era un dechado de bonhomía pero, ella, Melinda...

